

El sentimiento patriótico en Cadalso

Por José M.ª OCAÑA VERGARA

José Cadalso y Vázquez, una personalidad para la leyenda, según la feliz caracterización de Rafael Balbín de Prado (1), constituye uno de los ejes centrales del complejo siglo neoclásico español (2). Su pensamiento, su corta pero intensísima vida y su heroica muerte el día 28 de febrero de 1782, con motivo del bloqueo de Gibraltar, determinan su acendrado sentimiento patriótico hacia España.

De familia vizcaína, nació José Cadalso en Cádiz, el día 8 de octubre de 1741 (3). Huérfano de madre a los dos años, comienza su formación intelectual en el Colegio de los Jesuitas de su ciudad natal, del que era Rector su tío materno, el padre Mateo Vázquez, hombre que dejará una impronta indeleble en la juvenil alma del futuro escritor y célebre militar. El estudio, junto con frecuentísimos viajes al extranjero (Inglaterra, Francia, Italia y Alemania, cuyos idiomas llegará a dominar a la perfección) le proporcionarán una sólida cultura, acrecentada con las numerosísimas lecturas de múltiples temas sobre las encrucijadas racionalistas del siglo de la Ilustración. Pasa a la Corte, y su padre, rico comerciante, pide una información de nobleza para que su hijo sea admitido en el Seminario de Nobles, donde ingresa el año 1758. Sólo contaba diecisiete años. En 1762 comienza su ajetreada vida militar que se prolongará hasta su heroica muerte. Se distingue en diversos hechos de armas y merece una notable recompensa: es nombrado edecán del Conde de

(1) BALBIN N. DE PRADO, Rafael, "Tres autores neoclásicos: Cadalso, Jovellanos y L. F. de Moratín", **Cuadernos de Estudio**, Madrid, Cincel, p. 9.

(2) ALBORG, Juan Luis, **Historia de la Literatura Española**, III, Madrid, Gredos, pp. 12 y ss.

(3) ALBORG, Juan Luis, **op. cit.**, pp. 707 y 708.

NIGEL GLENDINNING, **Vida y obra de Cadalso**, Madrid, Gredos, 1962, p. 113.
TAMAYO Y RUBIO, Juan, **Cartas marruecas**, Madrid, Espasa Calpe, Clásicos Castellanos, 1939, pp. 9 y ss.

Aranda. Cuatro años después, 1766, obtiene el hábito de Santiago. Tras un breve destierro de la Corte, al ser acusado por ciertas sátiras contra unas damas de la alta aristocracia, conoce a la actriz María Ignacia Ibáñez. Intima profundamente e intenta contraer matrimonio con ella, pese a la inevitable oposición de sus superiores. La temprana muerte de María Ignacia dará lugar a uno de los hechos más tormentosos de la vida de Cadalso, inmortalizado en **Noches lúgubres** (4).

El Conde de Aranda para procurarle el olvido de la amada fallecida destierra a Cadalso a Salamanca. La estancia en la ciudad del Tormes influirá muy positivamente en su formación poética, merced al magisterio que realiza en Meléndez Valdés y en otros jóvenes poetas, que lo reconocen como un auténtico maestro.

Destinado sucesivamente a Extremadura y a Utrera, su indudable amor patrio lo lanza hacia un puesto de extraordinaria responsabilidad: el asedio de Gibraltar, la vieja roca de Heracles, auténtico trozo hispano arrebatado por los ingleses. Cadalso sentía en su alma el dolor de una herida patria, de un ultraje a la dignidad española y de una ignominia histórica que quería lavar aunque fuera con su propia sangre. En la noche del 27 de febrero de 1782, el coronel Cadalso se encontraba en las avanzadas de los sitiadores de Gibraltar en la batería de «San Martín». La batería enemiga «Ulises» dispara una granada. A pesar de las advertencias de los que le rodeaban, comenta su gran biógrafo Tamayo y Rubio, Cadalso no se mueve del lugar de más peligro (5). Al hacer explosión la granada, un casco hiere su sien derecha. A las nueve y media de la mañana del día siguiente, 28 de febrero, el heroico coronel gaditano moría. Fue unánime el duelo y el pesar en el ejército español, e incluso en el inglés donde era conocido y muy admirado pese a las manifestaciones bélicas entre los dos grupos beligerantes. Sus más íntimos amigos le dedicaron notabilísimas elegías en las que exaltaban su profundo amor a España. Meléndez Valdés, Vaca de Guzmán y el Conde de Noroña, entre otros muchos, narraron la heroica gesta, que mereció ser glorificada en brillantes hexámetros latinos por D. Nicasio Alvarez de Cienfuegos.

Cadalso habíase unido a la gloriosa pléyade de escritores y hombres de armas que constituyen una riquísima manifestación hispana.

A los nombres inmortales de Cervantes, Alonso de Ercilla, Hernando de Acuña, Gutierre de Cetina, Figueroa, Aldana y López de Ayala, se unía ahora el del joven coronel gaditano.

Si otrora, D. Quijote de la Mancha, en el inolvidable discurso de las armas y de las letras, había dicho: «Sin las letras que son las leyes, no se podrían sostener las armas. Sin las armas, no se podrían sostener las

(4) NIGEL GLENDINNING, **Historia de la Literatura Española. El siglo XVIII**, Esplugues de Llobregat, Ariel, pp. 85 y 86.

(5) TAMAYO Y RUBIO, Juan, **op. cit.**, pp. 29 y 30.

leyes que son las letras», ahora, Cadalso se convertía en la tercera perla engastada de una tríada de inolvidable recuerdo en la historia de las letras y de las armas hispanas. Junto a Jorge Manrique y a Garcilaso de la Vega, Cadalso era el ideal compañero que había luchado por la grandeza española, llevando su lengua y su espada al servicio de los más nobles sentimientos hispanos.

Jorge Manrique, el creador de una de las más bellas y sentidas elegías de toda la literatura universal: «Coplas por la muerte de su padre D. Rodrigo», habíase adentrado en el mar proceloso de su poema, que era el morir, al ser herido en el castillo de Garci-Muñoz, defendiendo los legítimos derechos de su reina Doña Isabel Primera de Castilla, cuando sólo contaba 38 años de edad (6).

Más joven aún, con sólo 36 años según unos críticos y 33 según otros, el toledano Garcilaso de la Vega moría en los brazos de su íntimo amigo el Marqués de Lombay, luego San Francisco de Borja, a consecuencia de las gravísimas heridas que había recibido en el asalto a la fortaleza de Muy en Provenze, cerca de Frejus, sur de Francia (7).

A estos dos jóvenes poetas y militares, nobles y admirados por todos, uníase ahora otro astro de excepcional valor: José Cadalso y Vázquez que volvía a sentir en sus entrañas, al igual que sus geniales antecesores, la llamada de la patria, del honor y de la fidelidad.

Si bien es cierto que los dioses quieren que sus héroes mueran jóvenes, Manrique, Garcilaso y Cadalso constituirán para todas las generaciones un acabado ejemplo de sacrificio y nobleza, de orgullo nacional y de marchamo perenne de las excelsas virtudes patrias.

Cadalso se mueve en la segunda mitad del siglo XVIII, que como es sabido fue una época de controversia intelectual, de imposición de las normas francesas racionalistas y de revisión del complejo mundo de ideas y valores sobre los que se había sustentado hasta entonces la cultura europea. Paul Hazard había definido este período con la feliz fórmula de «crisis de la conciencia europea» (8). El siglo XVIII representa para España una tendencia renovadora que abarcará, por igual, a todas las facetas culturales: literatura, arte, ideología, política, religión. A partir, sobre todo, del reinado de Carlos III, hay un declarado intento de incorporarnos al espíritu de Europa, de adoptar las formas de cultura europea que Francia representaba de manera inequívoca. Francia era el norte ideal para todos los países. En este contexto, la figura de Ca-

(6) SERRANO DE HARO, Antonio, **Personalidad y destino de Jorge Manrique**, Madrid, Gredos, 1966, p. 19.

(7) GALLEGO MORELL, Antonio, **Garcilaso de la Vega y sus comentaristas**, Madrid, Gredos, 1972, pp. 11 y 12.

(8) PAUL HAZARD, **La crisis de la conciencia europea**, trad. esp., Madrid, 1941. Del mismo, **El pensamiento europeo en el siglo XVIII**, trad. esp., Madrid, 1946.

dalso se enmarca, desde un punto de vista cronológico y de evolución del pensamiento imperante, en la zona de años en que culmina el pensamiento ilustrado, coincidente con el reinado de Carlos III. Como afirma Rodríguez Vilanova, las generaciones de escritores neoclásicos españoles surgieron en torno a una preocupación común: el propio país, España.

Dejando aparte otras obras: **Los eruditos a la violeta**, brillante sátira contra la superficialidad y la pedantería enciclopédica, y **Noches lúgubres**, auténtica manifestación prerromántica, la obra más conocida y elogiada de Cadalso es, sin duda, sus **Cartas marruecas**. Estas reflejan la preocupación de los españoles por la naturaleza y el estado de su país: una avanzada en el tiempo de lo que hoy se llama «el problema de España», según J. L. Alborg.

El propio autor lo declara taxativamente en la introducción: «Estas cartas —dice Cadalso— tratan del carácter nacional, cual lo es en el día y lo ha sido» (9). Aclara, a continuación, el autor gaditano, que su objetivo básico será observar y escribir con equilibrada justicia, descubrir su auténtica naturaleza eliminando lo accidental y lo aparente. Sólo tras este análisis podrá intentarse el remedio de los males de España que angustian el dolorido y generoso patriotismo de Cadalso. Como buen ilustrado deseaba que la luz disipara cualquier género de tinieblas y que resplandeciera el ser íntegro de España frente a las calumnias extranjeras enmarcadas en el indigno sortilegio de la leyenda negra. Y aquí es donde radica, para nosotros, el gran mérito de Cadalso. Con valentía y justicia, con serenidad y claridad, supo reflejar el ser de España, la idiosincracia de sus gentes, su pasado heroico, la defensa del Evangelio y la gesta americana, como haría siglos después Ramiro de Maetzu en **Defensa de la Hispanidad**.

Por este motivo, Cadalso ataca enconadamente las opiniones despectivas de los extranjeros hacia lo auténticamente español. Cadalso pasa del examen histórico a la crítica de la situación presente que vive, señalando los defectos más notorios de la sociedad de su tiempo: despoblación, atraso cultural, abandono de la agricultura, inutilidad social de la clase noble, corrupción administrativa y otros males endémicos, procurando dar precisas normas que mejorasen tal situación.

Todos estos certeros juicios evidencian, según Dupuis y Glendinning (10), Alborg y Helmann (11), una finalidad patriótica a la vez que crítica. Por este motivo, ha merecido el calificativo de «patriotismo crítico» la labor educadora cadalsiana.

La actitud radical adoptada por Cadalso frente a la España que con-

(9) TAMAYO Y RUBIO, Juan, *op. cit.*, p. 55.

(10) NIGEL GLENDINNING, *Vida y obra de Cadalso*, Madrid, Gredos, 1962, p. VII.

(11) HELMAN, Edith F., "Caprichos and Monstruos of Cadalso and Goya", *Hispanic Review*, XXVI, 1958, pp. 200-202.

templa y juzga se basa en una perspectiva vital, existencial y real. Exhibe una actitud dramática propia del defensor, del patriota y del amante de un regeneracionismo hispano. Por este sentido crítico Cadalso ha merecido ser encuadrado, tras Quevedo, como uno de los más fieles analizadores de la realidad nacional y puente para el noventayochismo, que encontrará en Mariano José de Larra a un fiel seguidor del ejemplo educacional cadalsiano.

El escritor gaditano piensa que los mayores males hispanos provienen de errores políticos que han motivado una situación deprimente en el concierto europeo. Con el fin de mejorar el futuro se fija en el pasado. Vuelve su mirada a la historia nacional. Observa aquellos años que dieron fama y gloria a las armas españolas. A través de sus cartas queda patente su juicio altamente negativo de la España Imperial a partir de Carlos V. Cadalso opina que al pasar la corona española a la Casa de Austria se desperdiciaron inútilmente los tesoros, la riqueza y la sangre de los españoles. Debióse esto a la ambición política de los Habsburgo, más propensos a las empresas europeas que a las netamente españolas. Para Cadalso la época de mayor esplendor histórico coincide con el reinado de Fernando e Isabel. Propone este reinado como modélico para cualquiera de sus sucesores. Ellos supieron unificar a España y convertirla en el centro de la política mundial.

Su acendrado análisis de la historia española responde a un profundo patriotismo esencial, dolorido y constante, pero nunca derrotista. Si critica lo hace con buen sentido y guiado por el amor y la objetividad.

Al sopesar aquellos años pretéritos, Cadalso recuerda con nostalgia las hazañas guerreras del siglo XVI, en el que todo español era un soldado respetable y un portador de los más nobles ideales cristianos. Las armas españolas conquistaban las dos Américas y las islas de Asia. Nuestras armas eran admiradas y respetadas en un mundo hispánico en el que no se ponía el sol. Los ejércitos patrios estaban insuflados de un alto espíritu conquistador y misionero. Nuestro idioma se hablaba por todas las naciones europeas y era el vehículo para cristianizar a las gentes del Nuevo Mundo. Salamanca era el centro docente de mayor raigambre cultural y modelo para las numerosas universidades que se implantaron en América. La lengua, la religión y la espada eran adalides de una monarquía admirada en el mundo entero. Sin embargo, esta hegemonía se desploma bajo los Austrias, para iniciar un tímido avance con los Borbones.

Cadalso supo anticiparse genialmente al aforismo de Costa. Supo precisar que el amor a la patria es ciego, por lo que el entendimiento tiene que aprender a controlarlo y domeñarlo. No podemos vivir del pasado. Hay que dar un giro hacia el futuro con optimismo y confianza. Incita a renovarse desde todos los niveles para que España vuelva a contar en el concierto europeo, centro fundamental en aquella época.

Cadalso sabe que cada época tiene sus características propias y desea

obtener de cada una las directrices modélicas que puedan encaminar la nación española. Recuerda con nostalgia, pero con valor educativo y proyectivo, a D. Pelayo, a los Reyes Católicos, a Gonzalo de Córdoba, a Cisneros y a Hernán Cortés. Defendió vivamente la labor colonizadora en América y arremete valientemente contra las críticas europeas que condenaban la labor del conquistador de Méjico.

Cadalso observa que la sociedad de su tiempo no recuerda a los grandes héroes pretéridos. Propugna un mayor reconocimiento de los hechos legendarios. Desea que se construyan e instalen estatuas que no sólo servirán para adornar, sino para comunicar a las jóvenes generaciones el perenne recuerdo de insignes españoles.

Podemos afirmar con Rafael de Balbín (12) que el tema de España es tan consustancial con el pensamiento de Cadalso que otro tema inicialmente ajeno al nacional acabará cobrando su más profundo sentido en lo que tenga de relacionable con aquél. El carácter nacional, los hábitos, las actitudes, la situación cultural del país, su evolución histórica nacional y la mitificación de épocas pretéritas, tan distintas de la suya, en la que España sólo era «el esqueleto de un gigante», son los puntos que incardinan su proyección crítica, pero patriótica, sentida pero regeneracionista, como harán posteriormente otros destacados varones españoles ante la decadencia hispana.

Las **Cartas marruecas** intentan ser un perfecto maridaje entre lo que Cadalso deseaba para su patria y la realidad histórica de otros tiempos. Conflicto, también, entre la cabeza y el corazón, que, proyectado sobre el ser español, sobre su problemática, viene a ser el eco que vivió Quevedo, y anuncio del que vivirán Larra, los regeneracionistas y los hombres del 98, descubridores éstos últimos para el siglo XX del excepcional valor crítico de la obra cadalsiana. Según Sebolt: «Lo que hace que las **Cartas marruecas** sean una valiosa obra literaria no es su contenido intelectual, sino su enfoque personal: es decir, la angustiada vivencia en Cadalso del problema de España. Esta dramática reacción personal frente a los problemas nacionales da nacimiento a un nuevo elemento subjetivo en el ensayo español» (13).

Cadalso supo reflejar ensayísticamente, y aquí reside otra de sus glorias literarias, la crisis de una personalidad individual que era reflejo de la decadencia de toda una época sobre cuyas corrientes encontradas se edificaron los cimientos arquitectónicos del mundo moderno.

Ante la imposibilidad de analizar los múltiples motivos que se estructuran en las **Cartas marruecas**, sólo nos resta decir que la crítica más especializada ha visto en ellas el paradigma de un notable sentido patrió-

(12) BALBIN N. DE PRADO, Rafael, *op. cit.*, pp. 21-24.

(13) SEBOLD, Rusell P., **Cadalso: el primer romántico "europeo" de España**, Madrid, Gredos, 1974, pp. 25-44.

tico. Cadalso quiso ahondar en la entraña española, educar a las jóvenes generaciones, descubrir los errores pasados y los medios para superarlos o evitarlos. Para ello eligió un método ensayístico de incalculable mérito expositivo.

Azorín ha visto en el escritor gaditano a un precursor del «patriotismo reflexivo», al mismo tiempo que elogia en Cadalso su crítica moderna de España, trabajo básico para la actuación de la Generación del 98.

Al igual que Azorín, toda la crítica está acorde en valorar muy positivamente las **Cartas marruecas** como exponente de un reposado, justo y ecuánime juicio sobre el ser intemporal de España. El paso de los años no resta un ápice de valor a la obra cadalsiana que encuentra en los momentos actuales una significación muy valorativa (14).

Juan Luis Alborg ha dicho: «La inequívoca y preferente atención al examen del país, con su finalidad patriótica y crítica (nosotros añadiríamos «constructiva») sitúa, pues, a las **Cartas marruecas** dentro de la genuina literatura dieciochesca ilustrada; así son tradicionalmente consideradas estas páginas de Cadalso y en ello creemos que reside su significación y su mérito». En otro apartado, este insigne maestro de la crítica actual añade: «Las cartas son un variadísimo mosaico de sugerencias, sembrado de ideas fértiles que definen, si no todos, muchos de los problemas que constituyen la urdimbre del carácter y de la historia españoles» (15).

Angel del Río afirma: «Lo distintivo de Cadalso es que su crítica no es abstracta ni general, sino que se basa en la observación directa de las costumbres y del carácter. Puede así darnos una impresión viva de la decadencia del país. Junto a la crítica, y dándole mayor sentido, hay en las **Cartas marruecas** una comprensión exacta de la antigua grandeza española» (16).

José Caso González cree encontrar en alguna muestra de las **Cartas marruecas** un germen de confianza en la posible solución de los problemas planteados.

Glendining, gran hispanista, estudioso de la vida y obra de Cadalso, como así mismo crítico del siglo XVIII, analiza de esta manera este interesante ensayo prenoventayochista: «Un análisis de las **Cartas marruecas** nos descubre un procedimiento bien definido al respecto: a través de todo el libro, los distintos conjuntos de cartas que versan sobre los problemas netamente españoles van alternándose con otras cartas en torno a cuestiones de tipo general de filosofía y de moral».

Hughes y Glendining comparten el criterio de que Cadalso compuso

(14) MARICHAL, Juan, "Cadalso: el estilo de un hombre de bien", **La voluntad de estilo**, Barcelona, 1957, pp. 185-197.

(15) ALBORG, Juan Luis, **op. cit.**, pp. 737-756.

(16) RIO, Angel del, **Historia de la Literatura Española**, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1963, pp. 43-47.

esta obra desde una auténtica situación emocional y afectiva, de profundo cariño por la esencia española, por su mejora y vitalidad; en una palabra, con un profundo sentido patriótico que animará a todos los noventayochistas que izarán bandera al lado de Quevedo, Larra y del escritor gaditano.

Ahora, al cumplirse el segundo centenario de su heroica muerte, Cadalso es junto a Gaspar Melchor de Jovellanos la figura más estudiada, querida y admirada del siglo XVIII. Su profundo sentido patriótico, su proyección histórica y su magisterio correcto conforman una figura de innegable interés vital.

Cadalso ofreció el sacrificio de su vida por la más justa causa: la defensa del honor hispano encuadrado en la conquista de Gibraltar. Allí murió entre el dolor y la consternación de los oficiales y soldados españoles. Pero antes, Cadalso habíase entregado a la llamada vocacional de la vida de las armas, cuando su posición social le hubiera permitido elegir otros derroteros, si no tan nobles, sí más fáciles y lucrativos. El, sin embargo, prefirió las armas como feliz complemento de su labor literaria.

Sintámonos muy orgullosos de este andaluz de pro que dio su vida y su obra para ejemplo de las generaciones posteriores.

- (14) MARCHAL, Juan. "Cadalso: el estilo de un hombre de bien". La voluntad de estilo. Barcelona, 1957, pp. 182-197.
- (15) ALBORQ, Juan Luis, op. cit., pp. 127-128.
- (16) RÍO, Ángel del. Historia de la Literatura Española. Nueva York. Holt, Rinehart and Winston, 1962, pp. 43-47.